

Nota de los editores

Un banco central cumple tres funciones esenciales: emite el dinero circulante, es el banco de los bancos y actúa como el agente fiscal del gobierno. En cumplimiento de estas funciones, regula el sistema de pagos, administra las reservas internacionales, es un importante participante en el mercado de deuda pública y, más en general, diseña y ejecuta la política monetaria. Las actividades de la banca central son un *monopolio natural* que, en cada economía, ejerce de forma eficiente una sola entidad.

En Colombia, en 1923 la sociedad delegó las responsabilidades del banco central en el Banco de la República, que desde entonces ha cumplido las funciones esenciales que se enumeraron. Aparte de estas actividades fundamentales, la legislación y las decisiones de política pública han cambiado a lo largo del tiempo el espectro de las actividades adicionales que desempeña el Banco. Por ejemplo, para cumplir la administración de las rentas del gobierno, durante varios años se ocupó en el desarrollo de las minas de sal del país y tuvo a cargo la compra de la totalidad del oro producido en el territorio nacional.

Su éxito, en su rol primordial de emisor del dinero circulante, es difícil de exagerar. Desde su fundación, el Banco emite el peso colombiano sin haber cambiado nunca su denominación. A pesar de las dificultades geográficas y políticas del país, los ciudadanos han usado y usan su moneda en todas sus transacciones y como depósito del valor de sus ahorros. Incluso, en territorios alejados y de frontera, el peso es la moneda predominante que tiene un valor que nadie pone en duda. Además, en el contexto latinoamericano, su estabilidad es extraordinaria y es un tesoro de la sociedad.

En un país de múltiples y apartadas regiones como Colombia, el cumplimiento cabal de las funciones del Banco se ha beneficiado de una presencia institucional fuerte en todo el territorio nacional. Esta presencia se da a través de una importante red de oficinas en varias ciudades, grandes y medianas. Durante décadas, la red de oficinas fue instrumental en la ejecución de las actividades de crédito de fomento y compra de oro. Tras la Constitución de 1991, el Banco dejó de proveer crédito al sector real y dejó de ser el único comprador autorizado en el mercado de oro, y desde entonces la red de oficinas se concentró en las operaciones de distribución de especies monetarias y en las actividades culturales, que son una función peculiar. La actividad cultural del Emisor tiene raíces en la creación del Museo del Oro y de la Biblioteca Luis Ángel Arango; esta labor, asignada por ley, se extiende a la conservación de bienes patrimoniales de distinto tipo, desde restos arqueológicos y obras de arte hasta

archivos fotográficos y empresariales. El Banco ha tenido a cargo, también, el registro cuidadoso de su historia a través de publicaciones y de la preservación cuidadosa de sus archivos documentales.

Existe un acervo amplio de documentos y libros que describen múltiples aspectos técnicos y legales de la historia del Banco de la República¹. La mayor parte de esta literatura ha surgido de la misma institución, de sus funcionarios e investigadores, y se ha concentrado en describir y analizar las causas y consecuencias de las políticas adelantadas por el Banco. Este libro apunta a llenar parcialmente un vacío que existe en esta literatura sobre el desarrollo que durante un siglo ha tenido el soporte técnico necesario para adelantar las labores misionales de la institución.

En los tres primeros capítulos, se describen las operaciones fundamentales de banca central que el Banco ha desempeñado desde su fundación. El primero trata de la producción y emisión del dinero circulante, que involucran una sustancial actividad industrial. En el segundo, se detalla la participación del Banco en el desarrollo de los sistemas interbancarios de pago, más allá del efectivo. El tercero aborda la actividad de análisis e investigación económica que ha apoyado los procesos de decisión de política monetaria. Siguen dos capítulos que recorren la historia de las sucursales del Banco y el desarrollo de la tecnología de la información, pilares de su operación en todos los frentes.

El capítulo sexto está dedicado a la historia de la compra de oro, que fue una parte importante de todas las operaciones del Banco hasta cuando se redefinieron sus funciones tras la Constitución de 1991. Una herencia de esta función es precisamente el Museo del Oro y toda la labor asociada de preservación arqueológica que bien conoce la sociedad colombiana. En el capítulo séptimo se relata la historia de la administración, durante décadas, de las minas de sal, una labor quizás menos conocida hoy.

El libro tiene siete capítulos, y sus autores están íntimamente ligados a la historia reciente del Banco de la República. El primero describe la actividad manufacturera desarrollada por el Banco en sus cien años de historia, la cual es poco conocida

¹ La literatura sobre la historia del Banco de la República es amplia y diversa. Para el lector interesado, dos referencias fundamentales son los libros *Banco de la República: antecedentes, evolución y estructura* (1990), editado por Adolfo Meisel y Alejandro Lopez; e *Historia del Banco de la República, 1923-2015*, editado por José Darío Uribe.

por el público. El escrito, a cargo de Jaime Bonet y María Teresa Ramírez, se enfoca en tres actividades: la Fábrica de Monedas, la Imprenta de Billetes y el Departamento Editorial. Para cada una de ellas se enumeran cronológicamente los principales acontecimientos que caracterizaron estas actividades, desde sus antecedentes, puesta en marcha y principales cambios.

El segundo, por Joaquín Bernal, hace un recuento de algunos de los servicios financieros más relevantes que el Banco de la República le ha provisto a lo largo de su historia a los intermediarios financieros, al Gobierno y al público en general, los cuales han sido fundamentales para el adecuado funcionamiento e integridad del sistema de pagos y la infraestructura financiera del país. Ellos le han dado soporte a la ejecución de la política monetaria, al desarrollo y profundización de los mercados financieros y de capitales, a la eficiencia económica y a la modernización de los pagos internos y externos, y a la seguridad y estabilidad del sistema financiero, que son los pilares del sistema monetario. También se pone de presente cómo el Banco ha tenido no solo la capacidad de adaptarse a las cambiantes exigencias de un entorno dinámico, sino que ha sido innovador en tecnología y procesos, y ha liderado en diversas coyunturas claves la modernización en la prestación de servicios financieros en el país. De esta forma, ha contribuido a que los bancos y demás intermediarios financieros sean más seguros y eficientes.

El tercer capítulo, elaborado bajo la dirección de Roberto Steiner, documenta la evolución del trabajo técnico en las áreas de economía y finanzas durante estos cien años. Se hace un repaso de las investigaciones, publicaciones, modelos, intercambios profesionales y recurso tecnológico que han apoyado la toma de decisiones y han convertido al Banco en un centro de excelencia en el campo de la investigación económica. A lo largo de este capítulo se realza la importancia que, desde sus inicios, las autoridades del Banco le han conferido a la capacitación tanto de sus empleados como de personal externo a la institución.

La descripción de los sistemas de pago y de las herramientas computacionales de análisis económico hace evidente el rol creciente y fundamental de la tecnología de la información en la operación del Emisor. Por eso, el cuarto capítulo se ocupa precisamente de describir el desarrollo de las tecnologías de la información y las comunicaciones (TIC) en el interior del Banco. Este acápite fue escrito por ingenieros activos y retirados bajo la coordinación de Mauricio Pinzón, quienes han sido testigos del desarrollo vertiginoso de la tecnología informática durante las últimas décadas y de los retos que ha significado para la institución.

En el capítulo quinto, a cargo de Gerardo Hernández, se hace un recuento de la historia de las sucursales que, como se anotó, han sido cruciales para la operación efectiva del Banco. Estas constituyen la red a través de la cual se distribuye el efectivo por todo el país y albergan una parte sustancial de la actividad cultural del Banco. Hasta antes de la Constitución de 1991, además, las sucursales eran instrumentales para la distribución, por el país, del crédito de fomento del Gobierno, y eran importantes para todas las economías regionales.

El libro finaliza con un recuento de dos actividades que fueron fundamentales en la operación del Banco por décadas: la compra de oro y la administración de las salinas del país. El capítulo sexto, a cargo de Joaquín Vilorio, describe la actividad de compra de oro por parte del Banco de la República, en un amplio período que empieza en la década de 1920 y se extiende hasta los primeros años del siglo XXI. En el estudio se abordan la ampliación de la red de agencias de compra de oro (ACO), así como la producción y compras de oro. Se destacan los proyectos de fomento y bienestar social que impulsó el Banco en las diferentes poblaciones mineras, ubicadas en su mayoría en los departamentos del Pacífico colombiano y Antioquia. El capítulo analiza el cierre de las ACO, el cual se dio en los primeros años del siglo XXI.

Finalmente, en el capítulo séptimo, escrito por María Modesta Aguilera, se presentan las diversas gestiones que el Banco de la República hizo como concesionario de las salinas del país. Esta actividad, que se dio entre 1932 y 1969, tuvo un impacto inmenso en el desarrollo económico y social de varias regiones del país, y es una historia poco conocida por el público.

Valga finalizar anotando que el libro revela un Banco de la República cambiante, que se ajusta con éxito a las exigencias que le hacen la sociedad y las circunstancias. A un nivel más profundo, resalta un elemento común en la historia de todas las instancias del Banco: el papel central que ha tenido desde sus inicios el capital humano.

El Banco ha sido una institución que desde siempre se ha empeñado en contar con funcionarios de las más altas capacidades técnicas en todos sus campos. Con el tiempo, esta necesidad permanente de formación se convirtió en un programa sistemático de becas para que sus funcionarios adquieran, de las mejores universidades del país y del mundo, las capacidades técnicas requeridas. Este personal

calificado sigue ocupando hoy las posiciones directivas del Banco y ha fortalecido la capacidad técnica de todo el Estado colombiano.

La historia que se narra anticipa un Banco que seguirá adaptándose en el futuro tanto como sea necesario para cumplir sus compromisos con la sociedad colombiana. Como aquí se describe, los cambios tecnológicos ya han movido una parte sustancial del ámbito de operación del Banco a las redes informáticas, y la investigación y el análisis económico están basados en computadores que residen en redes descentralizadas. No se sabe si en un futuro el dinero en efectivo será obsoleto y las sedes físicas de todos los bancos redundantes. Se sabe, sin embargo, que aun en ese mundo se tendrán pesos colombianos y un talento humano de la más alta cualificación a cargo del Banco de la República, que velará por su valor y su uso.

La lectura de este trabajo debe dar una idea de la trayectoria que ha seguido la operación del Banco durante sus primeros cien años. Sin embargo, su cubrimiento no es exhaustivo y hay temas importantes e interesantes que no se incluyen, como las actividades logísticas de distribución de efectivo o de manejo de la infraestructura institucional, o la participación de la institución en el manejo de los regímenes cambiarios. Estos, y muchos otros quizá, quedarán pendientes para su estudio en el futuro.

Este libro es parte de un proyecto conjunto entre el área técnica y cultural del Banco para conmemorar el centenario de su fundación, el cual busca registrar, en dos volúmenes, la memoria y trayectoria de sus operaciones en estos frentes de trabajo. El enfoque novedoso de estas narraciones se construyó con los autores de los diferentes capítulos, quienes a su vez nutrieron sus textos de la experiencia y el diálogo con numerosas personas vinculadas con el Banco durante las últimas décadas. Todos los autores se beneficiaron de la colaboración de Carlos Zapata para consultar el archivo institucional, y de los equipos de otras dependencias que, de distintas formas, contribuyeron al proyecto. Un agradecimiento especial merece Ana María Camargo, jefe de Publicaciones de la Subgerencia Cultural, quien asumió la coordinación editorial del proyecto, cuyo trabajo impecable y diligente ha sido determinante para llevarlo a buen término.